

IV. — LA MISTIFICACIÓN DE LA LEY.

¡Oh! ¡la soberbia que acompaña á la posesión del poder! Viene con ella el sofisma, la necesidad del imperio de la ley, el deber de todos los ciudadanos en la obediencia á la autoridad, . . . — “el imperio de la ley,” . . . y la legitimidad del empleo de la fuerza para su saludable efectividad! . . .

Pero ¿qué autoridad es esa que se ha creado por el éxito revolucionario, ó consolidado por el triunfo del gobierno, — en uno y otro caso, *por la suerte de las armas*, — en la lucha fratricida?

El régimen no es entonces de orden, sino de opresión.

Así se caracteriza la situación de los pueblos endémicamente convulsionados por la revolución, ó dominados por los tiranos.

V. — LOS PODERES PARTIDARIOS.

En esas condiciones, la justicia no puede ser el atributo de ninguna autoridad.

Ningún partido puede hacer justicia, ningún partido puede ofrecer las garantías de la justicia, esto es, el verdadero régimen de la ley, al ejercicio regular de los derechos de sus adversarios, ó sea de sus conciudadanos, de *toda la nación sin excepción alguna*.

Su primera preocupación no consiste en el interés nacional, sino en las exigencias de su propia conservación, frente á sus conciudadanos, que espían el momento de despojarlo del poder.

No es lo mismo en todas partes del mundo, no es lo mismo en los Estados Unidos, no es lo mismo en Francia, no es lo mismo en Inglaterra.

Los dos grandes partidos en que, después de la guerra de secesión, se ha dividido el pueblo norte-americano, viven, hace más de medio siglo, participando sucesiva ó simultáneamente de las responsabilidades y de los beneficios del poder, en el gobierno general de la nación, ó en los gobiernos locales de cada uno de los Estados de la federación, sin que, ni los republicanos ni los demócratas, puedan decirse oprimidos por aquellos que ejercen la autoridad, ni desalojados de sus posiciones por otra fuerza que la del derecho ejercido con la boleta electoral.

Los partidos ingleses pasan del Gobierno á la oposición, y de ésta á aquél, sin otro instrumento que el del voto de la nación, en cuyo ejercicio ninguna sangre se derrama, ahondando odios ó antagonismos inextinguibles entre los partidos ó los hombres del mismo país.

La Francia no es gobernada por un partido que deba su predominio á ninguna mántanza entre hermanos.

La lucha no pudo ser más ardiente en la última elección presidencial. Pero su legalidad se halla exenta de toda protesta como obra soberana del pueblo francés, que ningún partido, que ningún ciudadano francés, puede abominar como una usurpación ó llorar como una afrenta en su infortunio.

Es que el sufragio es una verdad en el cumplimiento, en la ejecución de la ley. Es que la ley es en esos países una verdad como garantía de los derechos del pueblo; lo que hace que el gobierno pueda invocarla como regla inflexible para el mantenimiento del orden y de la paz.

Eso produce la armonía entre la política del gobierno y las aspiraciones de la nación.

VI. — PUEBLO Y GOBIERNO.

Por eso ha podido decir recientemente el Presidente Dr. Wilson que cierta suposición de los estadistas mejicanos acerca de la actitud asumida por él para tratar de los medios de pacificación de Méjico, provenía de un falso concepto acerca de la relación que reina siempre entre el espíritu de la opinión y los actos del gobierno en el pueblo norte-americano. Lo raro no es que en tal error incurrieran los estadistas mejicanos, aturdidos como deben hallarse por la magnitud y la complicación de los conflictos que los envuelven. Lo raro es que en una ilusión análoga hayan incurrido algunos distinguidos pensadores de Sud-América, fundando esperanzas de modificación de la política yanqui con motivo de la Presidencia demócrata que había de suceder á la republicana de Mr. Taft. Los Estados Unidos, el pueblo y el gobierno, republicanos ó demócratas, no son más que una cosa, una aspiración, una política: el bien, el interés, la grandeza — la grandeza no, el engrandecimiento — de su patria, sean cuales fueren las agenas

consideraciones que puedan resultar sacrificadas bajo su arrolladora superioridad.

VII. — MISTERIO?

¿Qué hay ahora en Méjico para que los Estados Unidos se resuelvan á pronunciar el *Quos ego!* . . . de la extravagante misión de Mr. Lind?

Los importantes intereses de un número más ó menos considerable de ciudadanos norte-americanos, constituyen tal vez una materia de menor significación que las contradicciones propias del estado de guerra, de la guerra civil endémica, en un país vecino, cuyas líneas fronterizas difícilmente se garanten en absoluto contra los efectos de la alternativa en los actos bélicos de los combatientes del país vecino, persiguiéndose unos á otros en el enfurecimiento de sus recíprocas hostilidades.

Pero tales inconvenientes se soportan generalmente en la vida internacional, sin que ello determine resoluciones trascendentales que lleguen hasta la ingerencia de un Poder extranjero en los accidentes internos del país convulsionado.

VIII. — RECELOS Y ANHELOS.

La justa susceptibilidad de la opinión sud-americana, acerca de la cual tal vez le falta al ilustre Presidente yanqui algo de lo que respecto al concepto de la relación entre el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos echa él de menos en los estadistas mejicanos, — la justa susceptibilidad sud-americana, se manifiesta actualmente, con razón, en la pregunta de cuáles sean los verdaderos móviles de la extraña resolución de Norte-América.

Los mayores factores del engrandecimiento de los Estados Unidos radican en las desmembraciones de los territorios mejicanos de Tejas y California, que duplicaron la extensión de sus dominios y el campo que ofrecerían á la portentosa procreación de sus actuales noventa millones de almas, y de los cientos de millones que afirmarán, tal vez, un día, su carácter de la más gigantesca nación del universo.

No son enemigos de los hispano-americanos. Al contrario, sostienen la necesidad de la armonía con ellos, y juntarían con ellos sus fuerzas el día que fuese indispensable para luchar contra una coalición europea que amenazase reproducir las empresas de la conquista, quebrada por todos ellos hace un siglo, y más de un siglo, en las guerras de emancipación, contra Inglaterra y contra España.

Y con toda buena fe proclaman y procuran asegurar la solidaridad de ambas Américas en sus íntimas relaciones, y frente á frente de cualesquiera otros poderes del mundo civilizado.

Pero en esa unión entre los miembros de esa sociedad, los que puedan ser más grandes procuran serlo, y seguir siéndolo.

¿Qué mayor interés que el de absorber todo lo que haya alrededor? Hay en Australia un árbol gigantesco que se adueña de todos los jugos de la tierra cubierta á los cuatro vientos del cuadrante por su sombra. A donde alcanza la extensión de sus raíces no crece un árbol, ni brota siquiera yerba alguna.

Méjico conserva todavía valiosos territorios, y el alma de una raza varonil é hidalga, é ingentes riquezas naturales, y todo el ambiente necesario para ser por su cuenta una grande y venturosa nacionalidad, una poderosa aliada para los Estados Unidos en los esfuerzos por la grandeza del Continente americano.

IX. — ORGULLO Y ORGULLO.

Pero el poder de los Estados Unidos necesita que se sienta en todos los casos la evidencia de su superioridad, á cuyo influjo se produjeron en el pasado sus absorciones, y nadie sabe lo que podrá producirse en el porvenir.

No es una megalomanía privativamente suya. La tiene todo el que puede tenerla en la humanidad, y no hay para qué citar los ejemplos en la vida de las naciones hermanas, ó primas hermanas (!!) en la propia América ibérica ó latina.

Contrayéndonos á los pueblos de que se trata, los Estados Unidos han mirado complacidamente los veinte años continuos del gobierno de Don Porfirio Díaz en Méjico. Era la paz, era la prosperidad de una nación de raza hispana. ¿Se les ocultaba el germen de los odios, de las vergüenzas, de las reivindicaciones, de los futuros diluvios de

contribuido á crear? ¿Debemos comprometer la cordialidad de nuestro afecto porque algunos historiadores unilaterales empañen á un capitán para lustrar á otro?

Ambos tuvieron la justa grandeza que les fue permitida por el ambiente y la oportunidad, magüer fuese desigual su fortuna. Tuvo Bolívar el centelleo del brillante; San Martín la sobriedad de la perla. En vez de buscar parangones entre dos temperamentos heterogéneos, sería más humano dejar que en cada leyenda patria se engarce la piedra propia. Son igualmente preciosas para los fines decorativos á que se destinan.

El daño de estas polémicas consiste en la inevitable inflazón de los ídolos recíprocos. Bien está que historiadores á la antigua, preocupados en crear mitos patrióticos, resuciten á Aquiles ó á Ulises en cada capitán de guerrillas, convertidas para el caso en Iliadas. Pero ante el moderno criterio sociológico, la historia no la hacen los capitanes, y el advenimiento de una nueva civilización no es fruto de batallas, que pueden ser sus episodios, pero no son nunca su causa.

Es crimen que al discutir de guerreros extinguidos — que los ideales modernos permiten admirar con tibieza, — descendamos, unos y otros, á mancillar nuestras patrias recíprocas, olvidando que la historia contemporánea nos compele á unirnos para el engrandecimiento común.

Podemos ser americanistas sin idolatrar á Bolívar y San Martín; podemos ser patriotas sin desconocer que nuestros respectivos historiadores han consagrado ampulosas leyendas, cuya óptima inspiración no es incompatible con el error.

Estimo funesto para el porvenir de nuestra América — que considero grandioso en virtud de concebirla unificada — el culto de los pocos capitanes complicados en sus alzamientos y motines, más ó menos libertadores y liberticidas todos ellos; ninguno alcanzó la talla simbólica del "héroe." Ninguno. Admito que sean bien ataviados en los manuales de historia para chicos de escuela, si con ello puede contribuirse á fomentar el sentimiento de la patria que en sus corazones amanece; pero no concibo que nuestro pasado — felizmente exiguo — pueda cegar á hombres ilustrados y de porvenir, que representan la cultura nueva en sus países respectivos.

La América neo-latina vive un momento histórico que nos obliga á poner la mirada en el futuro. Rechacemos nuestra adhesión á esos cultos que agrandan el ayer y empequeñecen el mañana. Las tradiciones tienen la belleza melancólica de los crepúsculos; los ideales deben amanecer de nuevo cada día, encendidos de aurora. Nuestras "españitas" no necesitan inventarse Cides ni Pelayos, ya que no les cupo en suerte el tenerlos; con ello se evitarán que algún día las sofoque su peso, y no habrán menester de aquella condición simbólica que el gran Joaquín Costa puso al resurgimiento de España: "*Doble llave al sepulcro del CID, para que no vuelva á cabalgar.*"

Si necesitamos señalar á las generaciones nuevas los arquetipos de nuestra raza en formación, busquemos los que tipifican las virtudes modernas, los forjadores de nuestra naciente cultura. No endiosemos generales ni caudillos; toda grandeza de batalla trae aparejada la pequeñez de la muerte. Pensando en mañana, cantemos siempre al maestro que enseña y crea, nunca al soldado que mata y destruye.

Y las palabras no deben ser simple retórica, para decir otra cosa que la que habitualmente practicamos. En un libro reciente de moral argentina está la apoteosis de dos maestros de escuela que ascendieron á la mayor genialidad en mi patria: Sarmiento, el sembrador, y Ameguíno, el sabio. En ningún momento he sentido la tentación de poner junto á ellos á San Martín, personificando al héroe.

Sin envanecernos de nuestros caudillos, resistamos á la tentación de envanecernos de nuestros millones. Una gran civilización es el esfuerzo de una raza hacia su mayor cultura.

Pongamos nuestro ideal americano en el advenimiento de una vigorosa cultura neo-latina. Cifremos nuestra común grandeza en una sinergia de aspiraciones y trabajemos juntos por la unidad moral de nuestra América. Esa es la base previa de una posible confede-

ración política que nos prepara para recoger, dentro de un siglo, la antorcha de la civilización, ya temblorosa en manos de la Europa envejecida. Una gran patria es la convergencia de sus mejores hijos hacia un gran ideal.

JOSÉ INGENIEROS.

LAUSANNE, 1913.

LA CUESTIÓN MEJICANA.

I. — LA PROXIMIDAD DE LA SOLUCIÓN.

POR fin llega probablemente á su conclusión la guerra mejicana.

La peculiar actitud de los Estados Unidos producirá, según parece, el gran suceso, casi diríase, el gran milagro.

Es, ciertamente, doloroso que solo mediante esa fuerza tenga término la implacable carnicería.

II. — EL CÍRCULO DANTESCO.

Más de dos años hace que no ha cesado de correr la sangre de hermanos, en la obstinación con que los revolucionarios acometen á los gobernantes, y con que los gobernantes se empeñan en destruir á los revolucionarios.

Y revolucionarios y gobernantes pasan alternativamente de una á otra condición — de legalistas á rebeldes, y viceversa — sin más resultado que el de mantener constantemente abiertas las venas por donde se desangra el pueblo mejicano.

Y eternamente la misma ilusión: los insurrectos que necesitan derribar á los usurpadores, y el Presidente Madero que cuenta con todos los elementos necesarios para someter á los revoltosos, ya agonizantes, hasta que él mismo es ahogado en la sangre de la pelea, que, en seguida, se renueva con iguales bríos, constituyendo permanentemente el mayor horror y el mayor escándalo de la vida de América y del mundo civilizado.

El derecho de los unos, la ley de los otros, pasando de éstos á aquéllos y de aquéllos á éstos, en el más revuelto círculo dantesco, sin que en medió de la vorágine surja la inspiración patriótica y generosa, que pudiera poner punto á la brega de los orgullos y las exigencias, de la ley ó del derecho, con lo único verdaderamente humano, con lo único verdaderamente decisivo, que sería la conciliación á base de la igualdad y de la recíproca tolerancia y de la acción común y concorde de todos los partidos y de todos los ciudadanos, restituyendo los bienes fundamentales del orden y de la justicia á la República.

Los que eran rebeldes bajo el gobierno del General Porfirio Díaz no admiten que la autoridad no sea omnipotente bajo el gobierno de Madero; y los que echaron abajo el gobierno y la cabeza de Madero y sus hermanos, entienden que deben destruir á sangre y fuego toda resistencia á la autoridad que ellos encarnan hoy en su gobierno.

III. — LA SOLUCIÓN PATRIÓTICA.

Entre tanto, de la ruina á que tales obcecaciones conducen no puede salirse benéficamente sino por el camino de la conciliación.

No sabemos cuántos son los partidos políticos en Méjico; pero, si tales partidos existen, lo mismo es que haya cuatro ó cinco, que dos ó tres.

La paz es necesaria, y no podrá obtenerse sino por la conciliación, por la conformidad de todos con la situación que se establezca concluyendo la guerra.

La victoria de los unos y el sometimiento de los otros, no sería paz, no sería sino la tregua, hasta el momento en que la guerra pudiese renovarse.

Esto ha podido no comprenderse antes de la caída de Don Porfirio Díaz. Después de la sucesión de los éxitos y las derrotas por que han ido pasando los partidos, es inconcebible la ceguedad que no lo vea.

Aun antes, y en todo momento, ¿cómo era que el Sr. Madero, convertido en Presidente por obra de su triunfo revolucionario, podía alucinarse con la funesta esperanza de fundar la paz sobre la base del aniquilamiento de los partidos adversos sublevados, á su turno, contra él?

Si de cada lado está una mitad, está una facción importante del pueblo mejicano, ¿cómo creer que la paz ha de radicarse establemente con el predominio de uno de los contendientes, lo que quiere decir con el sometimiento, entiéndase, con la servidumbre, de la otra parte de la nación?

Nuestro magnate buscaba un héroe judío. Aunque él mismo residía en Frankfurt y era súbdito alemán, le importaba un ardite que su héroe fuera francés ó alemán. Hizo saber que daría una fortuna en monedas de oro sonantes y lucientes al soldado judío que obtuviera ó la Legión de Honor ó la Cruz de Hierro. Pasó la guerra y pasó el tiempo prescrito para las severas indagaciones. Y resultó que un soldado judío, alemán, obtuvo la Cruz de Hierro; ¡había estallado el héroe!

Para entregarle el bien ganado premio convocó el venturoso millonario á muchos de sus correligionarios. Presentóse el héroe. Su aspecto no era de tal, pero en su pecho se destacaba, disipando todo recelo, la cruz simbólica del heroísmo teutón.

Antes de proceder á la ceremonia de la entrega del galardón ante la numerosa concurrencia, el munificente patriota — que la raza es patria también — hizo conducir al héroe á una habitación reservada en que se hallaban algunos amigos suyos, ansiosos de estrechar la mano del guerrero.

Pidiéronle que narrara con pelos y señales el hecho glorioso. “Ya vendrá eso—contestó—pero antes quiero pedir que se aumente la suma.”—“¡Cómo! ¿Que se aumente? ¡Si es muy crecida!”—“Si me tocara íntegra. . . .”—“Y eso ¿qué significa?”—“Pues qué ha de significar. Que tengo que darle la mitad al otro, al que me entregó la bandera. ¡Es uno de los nuestros! (*Eins von unser Leut.*)”

A pesar de la Cruz de Hierro, el héroe anhelado no parecía por ninguna parte.

HISPANO.

EDITORIALES.

LA AMÉRICA IBERA Y LOS JUDÍOS.

EL movimiento sionista, dentro del pueblo judío, pone de manifiesto las nuevas orientaciones de ese grupo étnico, que ha sabido conservar sus rasgos característicos, tan precisos y definidos como el filo de un alfiler, al través de los siglos, á pesar de la dispersión, de la persecución sistemática é implacable y de la carencia de una patria geográfica y de un suelo propio. El objetivo del movimiento sionista es restablecer en Palestina un centro económico, político y cultural del pueblo judío, que unifique y robustezca la entidad judaica, dispersa en toda latitud, sobre el haz del globo. Esta novísima aspiración es revolucionaria, y pugna fundamentalmente con los principios tradicionales practicados hasta ahora y preconizados como inviolables por los judíos que en los distintos países han conquistado altas posiciones y que han sido y son reconocidos como los legítimos jefes y guías de su pueblo, de que el judío, en cada país, debe adaptarse á las exigencias del medio ambiente, sin permitirse ímpetus ni veleidades que con ese medio puedan chocar ó siquiera ser extraños á él.

Los sionistas, por su parte, sostienen que los judíos constituyen un pueblo inseparable, cuyos intereses y cuyo porvenir son unos é indivisibles, y cuyos problemas sólo pueden ser resueltos por medio de una concentración práctica y tangible del pueblo de Israel en su antiguo hogar histórico. En tal virtud, se hicieron esfuerzos con el Sultán Abdul-Hamid para que permitiera el establecimiento de una colonia judía dentro de sus dominios, en Palestina, con un cierto grado de autonomía política. Sea que el Sultán tuviera repugnancias esencialmente invencibles á la implantación, en el propio riñón del Imperio, de un germen extraño tan tenaz y tan fecundo; sea que las ofertas en dinero y en crédito pecuniario para más adelante, no fueran lo bastante seductoras — que es lo más probable — el hecho es que nada se logró, y que Palestina, como centro político judío, queda, por ahora al menos, fuera de discusión.

No por esto se han desanimado los sionistas. Por lo pronto han decidido fundar una Universidad judía en Jerusalén, en la que el idioma usado será el hebreo. En los Congresos sionistas de los últimos años han podido advertirse los increíbles adelantos del lenguaje

hebreo. Hasta hace diez ó veinte años, el hebreo era un idioma tan muerto como el latín; muchos de los miembros de esos Congresos lo usan hoy como lenguaje corriente en público y en la vida privada; es lo que hablan los judíos en Palestina, y la lengua en que allá se enseñan las artes y las ciencias modernas en las escuelas — que son no sólo elementales, sino de educación secundaria. Además de la Universidad en Jerusalén, dentro de muy poco tiempo empezará sus labores un Instituto tecnológico, en edificios construídos en Haifa, al pie del Monte Carmelo. En la Universidad y el Instituto imperará el hebreo. De esta suerte, vivificado en la corriente de los siglos, empapándose en la onda que pasa, el idioma de las profecías y de los salmos, sin desvirtuar el misterio de sus prestigios milenarios, volverá á la arena de la historia y dará á su pueblo, que ha logrado mantener intacta la unidad de la sangre y carece de tierra propia que sea su patria, un elemento más duradero y de potencialidades incalculablemente superiores á las mismas de un suelo propio, que es la comunidad del idioma. Tan cierto es aquello de que la lengua es la patria.

La intelectualidad judía seguramente fijará su centro en Palestina, al amparo del idioma exhumado y reanimado con todas las energías de un renacimiento tan armónico en la evolución histórica del pueblo que lo ha de usar, como los retoños y los brotes primaverales en los troncos, esa intelectualidad curiosa é infatigable irradiará la luz de su labor por el orbe todo, en donde quiera que estén los hijos de Abrahám, aquel que promiscuaba extraconyugalmente, y de Jacob, aquel que supo aprovecharse de la ceguera de su padre y del candor, ó más bien de la imbecilidad de su hermano, para llevar á cabo actos que en distintas épocas de ésta, lo hubieran conducido á la horca, y hoy, en la nación menos severa, le acarrearían diez años de presidio, lo que no ha impedido su consagración por judíos y cristianos, como patriarca máximo y venerando, “delante del Señor.” Aparte de esa centralización intelectual, empero, el porvenir de los judíos no está en Oriente, ni en el Viejo Mundo, sino en el Nuevo.

El día 3 de Agosto de 1492 zarpaban del Puerto de Palos, las tres carabelas de Colón, en aquel viaje de resultados más trascendentales que ningún otro en la historia de la humanidad. El mismísimo día anterior, es decir, el 2 de Agosto de 1492, salían desterrados de España, para tierras extranjeras, en cumplimiento de la real voluntad de Don Fernando y Doña Isabel, más de 300,000 judíos. Entre los compañeros de Colón había numerosos judíos, y — según el Profesor Sombart (*Die Juden und der Moderne Capitalismus*) — fué un judío, Luis de Torres, el primer europeo que pisó el suelo de América. El mismo Colón era también, por lo menos, medio judío. Dice el citado profesor: “Se pretende que el mismo Colón era judío. Doy este informe por lo que valga, sin garantizar su exactitud. En una sesión de la Sociedad Geográfica de Madrid, Don Celso García de la Riega, sabio erudito famoso por sus estudios sobre Colón, leyó una memoria en que aseveraba que Cristóbal Colón era español y que su madre era de extracción judía, etc., etc.”

El Profesor Sombart es judío alemán; el erudito español es español, si no es judío. Entre los dos se componen para que Christoforo Colombo no sea genovés, es decir, italiano, y se lo reparten como lo hubiera sido el bebé aquél del fallo Salomónico al haberse cumplido la sentencia condicional dictada por ese rey, espejo de la castidad, de la fidelidad conyugal y faro inextinguible de suprema sabiduría, como todos sabemos. Recuérdese que los profesores alemanes jamás se equivocan (salvo en los casos en que sí se equivocan), y que sin duda de igual excelsa prerrogativa gozan los eruditos españoles que leen memorias patrioterías en Sociedades de Geografía ú otras, y nótese de paso este ejemplo de edificante tranquilidad de sabios y de eruditos, ó de los aspirantes á tales, para inventar, para tergiversar lo acontecido, á trueque de birlarles un triunfo á los extraños y de acreditárselo á los propios.

No en sus días se hubiera imaginado la magnánima Reina que ese su Almirante, equipado para su empeño á costa de tanto sacrificio, iba á descubrir el imperio futuro de aquella muchedumbre, arrojada del sacro suelo peninsular, como se echan las ratas de la casa, á morir

fuera, á la intemperie, lejos, donde no apesten el aire propio sus cadáveres.

Hablando del descubrimiento de América, dice el Profesor Sombart, acaso con mayor acierto que cuando trata de incluir á Colón entre los circuncisos por derecho de raza: "El mismo descubrimiento de América está íntimamente ligado con los judíos, de manera extraordinaria. Es como si el Nuevo Mundo hubiera surgido en el horizonte merced á ellos y para ellos exclusivamente; como si Colón y los demás solo hubieran sido agentes administradores al servicio del pueblo de Israel. Los judíos, orgullosos de su pasado, miran la historia del descubrimiento á esa luz, que es la que arrojan las más recientes investigaciones."

¡Y Doña Isabel, la pobre, que se imaginaba que la Pinta, la Niña y la Santa María eran arcaes santas portadoras del mensaje redentor del Crucificado más allá de los océanos á los confines de mundo! ¡Y en realidad, sólo habrían de prepararle nuevo hogar al crucificante! Si así es la verdad de las cosas, la ironía de la historia, en este caso, tiene una crueldad retributiva elemental é impasible como los cataclismos naturales.

Según estadísticas recientes, en la sola ciudad de Nueva York hay un millón de judíos, y la tercera parte de la propiedad raíz está en manos judías. Mary Antin, escritora americana judía, dice en un libro de reciente publicación intitulado *La Tierra de Promisión*, que los judíos hoy consideran que América será la nueva Jerusalén, en donde todos ellos se habrán de reunir. En tanto que la proporción en el aumento de la población se aminora cada día entre los anglo-sajones y en las razas teutónicas ó escandinavas, en los Estados Unidos, — siendo éstas las que se asimilan al elemento anglo-sajón nativo — á diferencia de los judíos, los polacos, los húngaros y hasta los italianos — los judíos conservan su fecundidad histórica, las Raqueles y las Saras y las Miriam de hoy, son tan prolíficas como sus abuelas bíblicas, cuando el "pueblo escogido" surgía del destierro, del cautiverio ó de la persecución, incontable como las arenas del desierto, rumoroso como las hojas de la selva.

A este paso, la preponderancia numérica judía será cuestión de algunos años. El escritor inglés Stephen Graham dice en uno de sus recientes artículos: "En Nueva York, hoy, el tema más común de conversación entre las gentes, es la inminente amenaza de submersión bajo la onda judía. . . . Merced á las estadísticas oficiales, los americanos castizos se han dado cuenta de que en tanto que ellos solo aumentan á razón de uno por ciento, los inmigrantes extranjeros aumentan á razón de un diez y de un veinte por ciento. De esta suerte la tradición anglo-sajona (en los Estados Unidos) pierde en importancia todos los días. Se calcula que dentro de veinte años el americano castizo estará con los inmigrantes (no anglo-sajones, ni de razas asimilables) en la proporción de uno á cinco. . . . El judío será el elemento preponderante en esta evolución de razas."

El mismo escritor agrega: "Por todas partes, á donde quiera que iba, me asediaban los *reporters* de la prensa con la pregunta de ¿cuál será el tipo resultante, el americano del futuro? Los americanos tienen una ansiedad febricitante por obtener la respuesta á esta pregunta. Mientras estaba en Nueva York, me sentía inclinado á contestarla así: 'El tipo característico será una especie de judío ruso, anglo-parlante, que, por sobre todo, creará en el *dólar* y en los placeres sensuales; sin embargo, leerá la literatura de ideas avanzadas y mientras sea pobre, será anarquista, y cuando sea rico será más tiránico que ningún zar.' Pero cuando me interné en el país, me convencí de que Nueva York no es los Estados Unidos, sino una inmensa hostelería á la entrada de la Nación, y me convencí, además, de que los anglo-sajones, ayudados por los teutones — holandeses y alemanes — son las fuerzas impulsoras de la nueva Nación, y que, por su temple y su energía, acabarán por reducir á eslavos, judíos y á italianos á un nivel común de anglo-sajonismo."

Los judíos de la época moderna entran en la vida política en los países que les reconocen derechos civiles, como á todo ciudadano después de cerca de veinte siglos de proscripción de su suelo y de dispersión por el

mundo. No tienen, no pueden tener el sentimiento de patria como los demás hombres civilizados; el judío inglés es judío antes que inglés; el judío alemán es judío antes que alemán; los sionistas lo proclaman abiertamente. La patria, para la gran masa de los hombres, ha de tener contornos tangibles, el valle, el monte, el río, la lontananza ó azul ó gris, como un palió sobre el suelo, ó lozano ó árido; en ese cañamazo las generaciones bordan su historia, la tiñen con su sangre y la empapan con su llanto. Como que también ha vivido, el judío ha sangrado y ha llorado, pero su vida no ha tenido en todos estos siglos hogar permanente, que su sangre y sus lágrimas hayan consagrado. Y el idioma, que es como una planta invisible y sonora, parece amoldarse al terruño y recoger el espíritu de la raza y las modalidades de la naturaleza. Los judíos no han tenido esa patria desde que se dispersaron por el mundo.

Su espíritu aritmético, preciso, atento ante todo á la ganancia material, á la permuta hábil, consistente en obtener lo más posible en cambio de lo menos posible — que es la base inequitativa y hasta inícia de todo traficar comercial — no traerá al gobierno de los pueblos, en esta hora de inminentes reivindicaciones, en que los desheredados exigen su parte, ni misericordia, ni conciliación. Shylock siempre pedirá su libra de carne.

La preponderancia judía en la política de los Estados Unidos, robustecerá el elemento arbitrario que hasta ahora se ha manifestado en esa nación, con respecto al resto del Continente. Las naciones menos fuertes no serán consideradas como naciones, sino como elementos moldeables, por la sangre y por el fuego si preciso fuere, para fines exclusivamente comerciales. La versión semítica de la Doctrina Monroe dejará á Roosevelt en pañales; el "judío ruso anglo-parlante," de que habla Mr. Graham, no peleará sus guerras de conquista; eso de pelear no está en su índole; hará que peleen los anglo-sajones, que si ya han perdido bajo el sistema social y capitalista actual, la tercera parte de la propiedad raíz, para cuando llegue la hora de pelear, lo habrán perdido casi todo, y acudirán dóciles á ganar la soldada de los amos del oro. La preponderancia semítica en Washington, que ya se anuncia en una influencia más acentuada cada día, es una amenaza para la libertad de los pueblos ibero-americanos. Ya lo dice el Profesor Sombart: "América surgió exclusivamente para los judíos." Los perseguidos, los humillados de ayer en el Viejo Mundo, parecen ser los llamados al señorío del Continente Americano.

S. PÉREZ TRIANA.

ARTÍCULOS GENERALES.

BOLÍVAR Y SAN MARTÍN. (1)

FALSA es la órbita en que se inició la polémica; nada ha ganado con su ulterior desorbitación. ¿Podemos, los hombres de ideas modernas, asumir la responsabilidad de leyendas que no hemos

(1) Con estas bellas líneas y en propicia coyuntura, á nuestro juicio, le ponemos remate definitivamente á la polémica suscitada por las opiniones del Sr. Blanco Fombona. Debemos observar, sin embargo, que el punto capital, á saber, la tergiversación de los hechos y documentos históricos, voluntariamente llevada á cabo por el General Mitre con el objeto de ensalzar á su héroe, en detrimento de otros personajes, no ha quedado malsano en la interesante competencia de que han sido teatro estas columnas. Acaso, como lo dice en nobles sentencias el Sr. Ingenieros, no hacía falta el ensalzar á ninguno de los dos caudillos. HISPANIA, en verdad, no ha tomado nunca á su cargo la glorificación de los angeles exterminadores. De la polémica han tomado pie algunos bravos escritores nacionalizados en el Plata, para cantar las glorias de su tierra en tonos de visión seráfica. No hacía falta eso tampoco. La prosperidad argentina es verdaderamente admirable, inesperada, desconcertante. Sin embargo, los millones de toneladas de trigo exportados al año apenas pueden ofrecerse como prueba de que el General Mitre fuera necesariamente un historiador imparcial. Tampoco es rigurosamente lógico el aducir como prueba del buen método histórico de Mitre los monopolios reales ó supuestos con que el Gobierno de Venezuela, emulando á algunas naciones europeas, haya querido gravar á la Sociedad paciente de los administrados.

Experimentamos, en efecto, una sensación de alivio al anunciar á nuestros lectores, con las nervudas sentencias del Sr. Ingenieros, que está terminada la interesante polémica, y debemos, al cerrarla, dar una palmada desde el patio á los actores principales. L. R.